

ligero, sin consistencia. No eran aquéllas las violencias de pasión que su primer amante le inspirara. Decía ella que había tenido sus estaciones de la cruz, su hiel y su vinagre, todos los azotes de los celos. Se figuraba que jamás volvería á caer bajo el encanto incisivo, bajo aquella cruel dominación. Había tenido el corazón aplastado á martillazos. Desafiaba á todo el mundo á que volviera á sumirla en aquellas angustias. Y sin embargo, sentía una sabrosísima voluptuosidad al acordarse de ellas. Con Gontrán, la cosa era muy distinta. Causábale dicha el verle, porque era bello. No sin vanidad le daba el brazo, porque era valiente. Y no sin curiosidad oíale referir las festivas historias del mundo galante. Pero sentía que entre él y ella había una cadena de flores que se rompería á la primera aventura sin desgarrarle á él las manos, porque las espinas estaban en la otra parte.

Gontrán la amaba locamente, apasionadamente, desesperadamente; la amaba por distracción, por pasatiempo, por capricho: un verdadero amor de sobremesa.

XIII

El testamento

Al volver á París, Gontrán encontró la casa revuelta. Ricord y Cabarrus, los médicos de los dos polos, habían sido llamados á la vez; se entendían porque el espíritu domina á la ciencia. También estaban Piogey y Paquelin, lo que hacía el número cabalístico en medicina.

El señor Staller había recaído; habíase recorrido todo París en busca de médicos. Y sabido es que, por la noche, es una suerte encontrarlos, si no es una mala suerte. Se había buscado á Gontrán en los dos círculos á donde iba; se le había buscado también en los Italianos, en donde había una función extraordinaria; no se había olvidado que podía estar en los Bufos Parisienses; pero, cuando pasaron por el despacho, no había ido aún.

—Tu padre ha preguntado por ti muchas veces,—dijo la señora Staller á su hijo, sin dirigirle ningún reproche.

Cuando los médicos hubieronse alejado, Gontrán se acercó á su padre; cogió una de sus manos y besósele en silencio.

—Padre mío, perdóneme usted.

—Te perdono,—dijo el padre.—No se atraviesa impunemente la juventud; yo también tuve mis horas de locura. Pero mi corazón lo salvó todo; que es lo que á ti te ocurrirá. Escúchame atento.

El enfermo bebió un trago de vino. Los cuatro médicos, á fuerza de ciencia, habíanse puesto de parte de Natura; habían aconsejado el vino de Château-Iquem como el mejor cordial para reavivar el espíritu y el cuerpo.

El señor Staller habló así á su hijo:

—Voy á morir. Hay enfermos que no se dejan engañar. La muerte no me espanta, porque creo en Dios. Voy á encontrar de nuevo á mis padres. Voy á esperarlos. Con razón se dice que hay estados ventajosos, puesto que me resigno á dejaros aquí.

El señor Staller no quería enternecerse; pero en sus ojos se vieron lágrimas. Estrechó entre las suyas la mano de su hijo.

—Espero comprenderás tu deber. Mañana serás el cabeza de familia; amas á tu madre y á tu hermana: serás digno de tu nombre. Muero triste porque os dejo empobrecidos; apenas si os quedan un par de millones, que, dada la vida infernal de París, es la medianía. ¿Quién sabe si, dentro de veinte años, no será la miseria? Pero no vayamos tan lejos.

El señor Staller miró á Gontrán.

—No te pregunto cuánto tomaste para pagar tu deuda de juego. Todo, naturalmente, á descontar de tu dote.

El hijo interrumpió al padre.

—Me avergonzaría, padre mío, si hiciera perder un céntimo á mi hermana.

—No lo dudo. Era mi objeto que cada uno tuviera un millón; me hubiera contentado con el resto para vivir en mi castillo. No olvidéis que hay días en que las personas honradas pagan por los granujas. Nunca firmes nada sin leer lo que vayas á firmar; mi padre me dijo esto, pero el hombre juzga al hombre por sí mismo.

El señor Staller bebió otro trago de vino.

—Consuela á tu madre amándola mucho; casa á tu hermana con un hombre galante. No olvides que, si el amor no media, haría mala boda; un buen hombre y una buena mujer que se aman no son nunca pobres. Por lo que á ti hace, te aconsejo te cases joven; la naturaleza no quiere que el hombre construya su casa cuando no tiene toda su fuerza. Todos esos amores superficiales son granos de trigo perdidos en una tierra infecunda; las buenas semillas son las que vienen después de las buenas siembras. No olvides estas palabras de la Escritura: «¡Infeliz del hombre solo!»; que viene á decir: «¡Infeliz del hombre sin hijos!»

—Me casaré joven, padre mío.

La figura de Lucía pasó por delante de él como una fúnebre sombra.

—No olvides que la fortuna no se defiende contra sí misma. Los ricos son todos los días atacados, no diré por los pobres, sino por los que quieren hacerse ricos. Está siempre alerta; no es la caridad lo que arruina, sino la necesidad, la imprudencia, la locura, la pasión. Hay buenas y malas épocas en la vida; si sientes el buen viento, despliega todas tus velas; si la mala sombra aparece, crúzate de brazos ó échate á dormir.

El señor Staller llevóse el vaso á los labios.

—Te hablo demasiado de dinero; mas, como decía mi padre, esto es hablar en oro. Mira, es que el dinero es buen príncipe y el mejor amigo, puesto que el dinero se llama sucesivamente libertad, fraternidad y caridad. Hay política mala desde que el mundo es mundo; siempre la habrá. La buena política es la moneda de cien sueldos. Desafía todos los servilismos, consuela de todas las miserias. El día de mi muerte, da sin contar á todos los pobres que veas.

La voz del señor Staller llegaba apenas al oído de Gontrán, aun cuando éste se inclinara hacia su padre.

—No hago testamento, porque sé que tú pensarás como yo hubiera pensado.

El señor Staller quiso seguir; pero algunas palabras incoherentes chocaron en sus labios; trataba de recobrar toda la fuerza de su espíritu, mas ya la había agotado. Pronunció el nombre de su mujer y el de su hija. Cuando éstas se presentaron, el moribundo apenas las reconoció. Aquello era cosa hecha; la muerte había acertado al dar el golpe; estaba escrito que el señor Staller no volvería á mirar la luz del día.

Cuando Gontrán vió, hacia las siete de la mañana,

que todo estaba perdido, subió á su cuarto y escribió á Lucía para enterarla de lo que le pasaba.

«Comprende toda mi pena. No te veré estos días, pero te amo», la dijo por carta.

¿Qué se le ocurrió á la comedianta leyendo estos renglones?

—¡Tengo mi hotel!—exclamó, haciendo una pirueta.

Y tomó asiento ante el piano para cantar un trozo de *La bella Elena*.

Cuando acabó su aire, murmuró:

—Gontrán no me verá estos días. ¿Quién me verá entonces?

XIV

El amor y la conciencia

Seis semanas después, Gontrán y Lucía se paseaban por los Campos Elíseos en un pequeño cupé que llevaba una cortina corrida.

Gontrán tenía el pudor de su duelo.

Recorrían la avenida de los Campos Elíseos, la avenida de Friedland, la avenida de la Reina Hortensia, visitando los hoteles, para los cuales se buscaba comprador, animándoles ya con la vida loca que en ellos había de resplandecer.

Se habían aventurado en los mejores. Nada era bastante bello para la señorita.

Comprendía, sin embargo, que era menester moderar un poco sus aspiraciones.

Se contentó con un hotel de la calle de Courcelles, que sólo costó al joven doscientos mil francos.

¿Cómo Gontrán, por su parte, doblaba el cuello ante aquella nueva locura? Gastaba con Lucía quinientos francos diarios; caballos, coches, ramilletes y vestidos; porque si la joven aun no se había hecho una gran comedianta, habíase tornado una gran «cocotte».

Es que Gontrán estaba siempre entregado á los compromisos de amor y de conciencia. Ésta decía al amor: «Eso es demasiado; me has arrastrado más lejos que quería; si doy un paso más, no volveré á encontrar mi camino». El amor decía á la conciencia: «¡Pido tan poca cosa para vivir y para ser dichoso! Ese hotel, que hace falta para albergar dos corazones, por ejemplo, cuesta doscientos mil francos; pero el Crédito Territorial presta cien mil por hipoteca. ¿Y qué es una hipoteca que se paga y se borra en cincuenta años? Estar en su casa, es el ideal. ¿Quién no está hoy en su casa? Vivir en una casa de alquiler es vivir en un ómnibus. ¡Aparta! ¡no eres de tu época, conciencia, amiga mía!» La conciencia daba mil buenas razones, mas no se la escuchaba.

Lucía tuvo su hotel en la calle de Courcelles. Era una linda alhaja de piedra. Fachada estilo Luis XV, toda tallada, bustos Pompadour, marcos en forma de cordón, molduras armoniosas. El interior estaba hecho para la intimidad, con sus tinturas de seda y su maderaje finamente trabajado. Los herrajes indicaban un artista; todos los techos estaban poblados de amores y de pájaros. Pocas nubes. ¿Para qué nubes? Y la sala de baño, toda de mármol blanco dentro de un marco de ónix, con clavos de oro, verdaderas estrellas, en el techo. No había jardín; pero en el invernadero, que sería el fumadero, ¿no podría ella encerrar toda la flora lujuriosa de los trópicos?

Lucía echó de ver con alegría que la escalera de